

¿Porque Grevy tenía gota? Pues si Grevy no quiso ir, cuando pasásteis la primera vez, á París, vosotros no debisteis haber ido á visitar á Grevy. Ya veis que yo no le trato mejor que al emperador de Alemania; solo que ni los presidentes de la República son tan susceptibles como los reyes, ni el señor presidente de la Cámara, cuando digo algo de ellos, toca la campanilla. (*Risas.*)

Señores, sobre todo y ante todo no debió volver el rey por Francia, y ante todo y sobre todo después del peligroso honor que había recibido. Señores, yo, desde los tiempos del *Virginus*, y os lo cito como un recuerdo horrible, no he pasado días más angustiosos que los días de la llegada de don Alfonso XII á la capital de Francia.

Yo me hallaba en los Cantones suizos próximos á Alemania, recibiendo de todo el mundo aquellos homenajes, que nunca podré agradecer bastante, tributados, no á mi persona, no á mi palabra; sino á la mayor grandeza moderna, á la tribuna española, que represento sin títulos, pero que es admirada hoy por todos los pueblos cultos de Europa. Yo debo prestar un tributo de agradecimiento al presidente de la Confederación Helvética, M. Ruschonnet, primer magistrado de un pueblo libre por sus propios merecimientos y por el voto de sus conciudadanos; al ministro de Comercio M. Droz, en quien se unen los fervores morales del apóstol con los tesoros intelectuales del sabio; al embajador de Francia, que ha conservado el glorioso nombre de Arago, con los prestigios propios de la sabiduría y del patriotismo.

Pues bien; yo les invoco para que digan todos á una, cuál era mi angustia, cuál era mi zozobra, y cómo aconsejaba yo á mis amigos, á mis correligionarios, á todos los franceses, á quienes podía escribir, que recibieran con cortesía grande al rey de España, porque representaba la nacionalidad española y llevaba en su joven persona el tesoro de nuestras tradiciones y de nuestro nombre. Pero, señores, ellos no necesitaban estos consejos; habían resuelto

recibir al rey de España con todos los honores debidos á su altísima representación, y así lo recibieron.

En Alemania no acudió ningún ministro á la estación de Homburgo, tan célebre, ó acudieron uno ó dos; pues en Francia estaban todos, excepto uno, el ministro de la Guerra, instrumento de las maniobras intransigentes, que ya pagó su culpa perdiendo su cartera; con lo cual, se perdió hasta una política por la presencia del rey de España, y excepto otro que acababa de perder á su madre, todos los demás estaban allí. El presidente Grevy llevaba el Toisón de Oro, por mucho que le costase (*Risas*) á un republicano antiguo llevar esas veneras de instituciones que á los republicanos no les gustan, como á ese señor que se ríe no le gusta la República. El que se ríe, probablemente será algún caballero de la *Legión de Honor*, muy buscada por los que se rien.

Pero, señores, en todas las grandes ciudades hay una porción de gentes desalmadas que se aprovechan de ciertos impetus inevitables de la opinión pública. El viaje había disgustado á los republicanos, digamos la verdad, porque se veía en él asomos de una coalición contra las instituciones republicanas en el momento de la muerte del conde de Chambord, y á todos los franceses por la condecoración de la coronelia de Estrasburgo; invocada en el aniversario mismo de la pérdida de la gran ciudad. ¿Pero, tiene la culpa el Gobierno de Francia de que en París haya gentes desalmadas? ¿Tenemos los republicanos la culpa de que haya en el partido republicano el elemento rojo, el cual no nos hace ganar nada, y en cambio nos daña para todo? Sí; esos abominables intransigentes de París son unos mismos en el tiempo y en el espacio: son los que vendieron los Gracos al Senado; son los que se inclinaron á Filipo en Queronea; son los Catilinas que trajeron á César; son los que destrozaron la segunda Atenas, Florencia; son los socialistas de las jornadas de Junio y del 5 de Mayo, que combatieron en las calles de París y arrancaron la corona

del derecho á la Asamblea republicana; son los comuneros que incendiaron el palacio del pueblo, el Hotel de Ville; son los eternos enemigos de la libertad, de la democracia y de la República; raza consagrada de suyo á destruir, como las especies carniceras; no á los reyes, sino á nosotros los republicanos. Sí, yo los condeno en nombre de la civilización, yo los condeno en nombre de las relaciones internacionales, porque ellos, como yo, debían ver en la cabeza del rey, no la corona, si no la representación que llevaba; ellos debían tener los sentimientos de hospitalidad que tienen hasta los salvajes; ellos debían respetar á aquel joven, porque llevaba en su frente los colores de nuestra bandera y los blasones de nuestra patria. ¡Ah señores!, una sola gota de sangre vertida por aquellos sucesos, ¡cuantos horrores no hubiera podido traer sobre Europa!

El presidente de la República dió las explicaciones leales y caballerosas que debía dar. El presidente del Consejo de Ministros, mi fraternal y querido amigo M. Ferry, se portó como debía portarse un presidente del Consejo de Ministros en aquellos procelosos momentos. Vosotros todos habeis convenido en que el rey oyó tales explicaciones, que accedió como debía, y en esto alabo al rey y al Gobierno, acudió á la comida en el Eliseo. Yo tengo la seguridad de que, si en vez de haber acariciado y aconsejado la idea de hacer venir al rey en el día siguiente, la población de París entera, herida en el afecto más caro á la gran capital, herida en el sentimiento de su hospitalidad, hubiera ofrecido al rey espontáneamente un gran desagravio. Pero yo de todas suertes debo deciros que después de haber aceptado, como hicisteis bien en aceptar la comida en el Eliseo, hicisteis mal, muy mal en pedir explicaciones: porque ó el rey estaba agraviado ó no; si estaba agraviado, ¿por qué fué al Eliseo? y si no estaba agraviado, ¿por qué pedisteis explicaciones?. (*El Sr. Marqués de la Vega de Armijo pide la palabra.*)

Señores, no se piden explicaciones después de haber

asistido nada menos que á comer, porque no hay cosa más íntima y que tanto estreche la amistad, como partir el pan y la sal sobre la mesa del huésped. Señores, hemos corrido un peligro, afortunadamente conjurado por el Ministerio anterior y por este Ministerio, de lo cual yo les felicito cordialmente y yo me regocijo.

Porque, señores, Francia es algo más que una nación vecina, y no lo digo por sus instituciones republicanas; Francia es algo más que una nación vecina; Francia es un libro ¿por qué no lo hemos de decir? donde leemos hace mucho tiempo; Francia es el nervio de nuestra industria, el canal de nuestro comercio, el mercado de nuestros vinos, la Bolsa de nuestros valores, la colocación de nuestras obligaciones de ferrocarriles, es parte de nosotros mismos, y antes que separarnos de ella, sería preciso que se separasen los montes pirenaicos y se arrancase la sangre común latina de todas nuestras venas.

¡Ah señores! Lo peor que ha tenido el viaje á Alemania es que, por él y durante él, se han recordado antiguas rivalidades de raza y se han recrudecido antiguas llagas mal cerradas; lo peor que tiene el viaje á Alemania es que ha exacerbado la enemistad entre la raza germánica y la raza latina, enemistad considerada por mí como una traición á la cultura y al progreso universal. ¡Ah señores! La raza germánica necesita de la raza latina, como la respiración animal necesita de la expiración vegetal, y la raza latina necesita de la raza germánica, como la respiración vegetal necesita de la expiración animal, que este es, señores, el círculo de la vida. Señores, la Alemania y la Francia se han entendido siempre. Sin Francia, sin Enrique II y el horror que tuvo á nosotros por el cautiverio de Madrid, jamás hubieran crecido los pueblos protestantes. Sin Francia, sin la protección de Richelieu á Gustavo Adolfo, y su guerra implacable á los soldados del Austria, no se hubiera firmado la paz de Westfalia. Sin los enciclopedistas, jamás se hubiera sentado con el gran Fede-

rico II la filosofía en el trono de Prusia. La rivalidad de Francia y Alemania despierta en el mundo la preponderancia de Rusia. Mirad cómo estaba Rusia en el tratado de París, y mirad cómo está después en San Estéfano. Mirad cómo está Rusia en el tratado de Berlín, que consideró una derrota, y comparadla con el estado de Rusia después de Sebastopol. Y sin embargo, ¿quién va en el mundo á debilitar la preponderancia de Prusia? ¿Somos nosotros? ¿Somos los latinos? ¿Qué tenemos que ver nosotros los españoles con Prusia, cuando se extiende á nuestras espaldas el inmenso mar, el continente americano? Muchos creen que mira constantemente á los Vosgos; pero no, Alemania mira al Vistula. Piensa mucho el Gobierno prusiano en la fortificación de Estrasburgo y Metz, aunque no hará nada mientras no fortifique aquellos corazones patriotas; pero realmente Alemania, Prusia fortifica á Koenisberg; porque está en el camino de Petersburgo, y Austria fortifica á Cracovia porque está en el camino de Moscou. La verdad es que Rusia, resentida de la Alemania, y con su posición preponderante sobre el Danubio, con la Besarabia, con las Bulgarias, tiene un puente para llegar cuando quiera á Constantinopla; y mientras tanto Prusia empuja á Austria para que vaya á Constantinopla, esa Helena de todas las guerras, porque Prusia quiere una Alemania unida y un respiradero para sí en Trieste.

Señores, el Mugich, perdido en los campos, que ve las auroras boreales reflejándose sobre los hielos, en las largas noches de invierno, cree ver bajar en aquellas nubes, que parecen, no de nieve, sino de horno, los ángeles que traen la cruz de Constantino para ponerla sobre las cúpulas de Santa Sofía y sobre el sepulcro de Cristo en Jerusalem, por cuyos caminos hay miles de cadáveres de los moscovitas que van buscando en la tierra desierta la bienaventuranza prometida. Pues bien, señores, esas creencias ocultan muchas guerras y esas guerras pueden sobre-

venir por la enemistad de las dos grandes potencias centrales.

¡Qué servicio á la civilización, qué servicio á la cultura, una alianza de los pueblos libres, de los parlamentarios, de los pueblos comerciales, de los pueblos latinos, de los pueblos sajones, de los Estados Unidos, de Inglaterra, de Italia, de Francia, de Portugal y de España, para impedir esas guerras en que todavía parecen dominar las leyes de la concurrencia vital entre las especies! Ese es, señores, el gran porvenir. Fué grande el siglo xv, fué grande porque concluyó las guerras de provincia á provincia: será grande la democracia del siglo xix porque concluya las guerras de nación á nación y porque sustituya las guerras de nación á nación con las competencias mercantiles.

Esos imperios ya no pueden vivir con sus presupuestos superiores á sus recursos; por lo cual, todo un emperador de Alemania tiene que proponer nada menos que el impuesto progresivo, cosa que la Asamblea por todos llamada anarquista del año 48, no solamente no aceptó, sino que impidió que leyera Proudhon en la Cámara. Pues ese emperador propone el impuesto progresivo, por el cual no habrá propiedad ni capitales en el mundo. ¿Y por qué propone el impuesto progresivo? Porque no puede sobrellevar sus ejércitos de ofensa. Nada más necesario que los ejércitos de defensa; yo votaré todas las medidas que tiendan á que nosotros tengamos un ejército de defensa disciplinado, numeroso, fuerte; pero yo digo que no hay calamidad mayor que los ejércitos de ofensa. ¿Y qué sucede? Que mientras ese imperio se pasea por los campos de Homburgo á celebrar maniobras militares, América, sin ejércitos de ofensa, sin presupuestos crecidos, pagando sus deudas, no quema un grano de pólvora, no dispara un tiro, no mueve un arma, y arruina con la competencia del trabajo y del comercio á todos estos señores de los imperios guerreros y autocráticos del centro de la culta y civilizada Europa.

No hay más remedio que el desarme general, y para esto no hay más remedio que la iniciativa de las naciones que están dentro de sus fronteras. Porque nosotros, señores, con tanto hablar de la raza latina, tenemos admirablemente determinada nuestra geografía. Hay una nación entre el estrecho de Hércules y el Pirineo; otra nación entre el Pirineo y los Vosgos; otra entre los Alpes y el Mediterráneo. ¿Pero hay naciones tan bien limitadas allende el Rhin azul? No; porque en poder de Rusia están cuatro millones de alemanes, ó sean las provincias del Báltico; y bajo el Austria están Bohemia y Hungría que impiden la unión de las dos razas eslavas, y la Bosnia y la Herzegovina, jalones puestos por la Austria para llegar al camino de Salónica. Por consiguiente, aquí todo está concluido; allí nada está concluido. Aquí, con la libertad, estamos seguros que acabarán los tiempos guerreros. Pero no vayamos á enconar heridas y sembrar desconfianzas en otra parte, porque nosotros debemos ser una nación de paz, de libertad y de progreso.

Y ahora voy, señores diputados, en pocos momentos, á la política interior, en la cual seré muy breve.

Señores, he dicho que debemos ser un factor de paz; y para ser un factor de paz, debemos ser un factor de libertad; y para ser un factor de libertad, debemos ser un factor de democracia.

Yo, cuando las cenizas de ciertos volcanes oscurecían los aires, y cuando los terremotos agrietaban el suelo, yo invoqué á Dios, como el náufrago lanzado entre la ola y el escollo que tiene bajo sí el abismo y sobre sí el huracán, prometiéndole, yo que habia tomado tanta parte material y moral en todas nuestras revoluciones toda mi vida, ser un elemento de progreso continuo, para no revocar la vocación eterna de mi alma, un elemento tal, que evitase las guerras civiles en nuestra patria. Pues bien, señores diputados; yo vengo ahora á cumplir aquel juramento; yo vengo en pocas palabras á conjuraros para que cumplais como

yo los deberes de vuestra vida y los compromisos de vuestra conciencia.

Señores, si esa mayoría, con todo lo que ha dicho, representa un retroceso, y ese Gobierno con todo lo que ha dicho, representa un progreso, ¿qué diría de mí hoy la voz del tiempo y qué diría mañana la voz de la historia, si es que yo puedo llegar á la historia, al encontrarme al lado de un retroceso y enfrente de un progreso? Eso no puede ser.

¡Ah, señores, qué desgracia la mía! Yo, que toda mi vida he sido oposición casi, me he encontrado toda mi vida en minoría; yo tengo la desgracia de que me encuentro en minoría también cuando soy ministro en una República, y me encuentro en minoría también cuando soy casi casi ministerial, como en este supremo y angustioso momento. Por altas razones de prudencia no quiero decir cuánto nos dañó á nosotros el que la Cámara republicana no aceptara la política de conservación defendida por mí en su seno; pues yo no quiero decir cuánto daño vais á hacerlos á vosotros mismos si no aceptais la política de progreso representada por ese Gobierno y defendida por mí en vuestro seno.

El 14 de Julio yo me levanté aquí, presintiendo todo lo que iba á suceder, y para evitarme compromisos futuros declaré que fuesen cuales fuesen las circunstancias, era irrevocable mi convicción de la incompatibilidad de la monarquía y de la democracia, pero era indefectible mi propósito de ayudar á su compatibilidad. Señores, ¿cómo se levantó el señor presidente del Consejo de Ministros? ¡Qué cosas tan acerbas y tan amargas me dijo!, cosas que yo perdono siempre, porque las atribuyo á las necesidades de la polémica. Por sostener la incompatibilidad entre la democracia y la monarquía, me llamó anárquico y revolucionario sin saberlo y sin quererlo. Y ahora vosotros, los que ibais á caer siempre del lado de la libertad, sosteneis la incompatibilidad entre la democracia y la monarquía, mientras yo ayudé á su compatibilidad. Temed que Espa-

ña y Europa os digan que yo antepongo la patria y el derecho á mi partido, y que vosotros posponeis á vuestro partido la libertad y la patria. De otra suerte no lo comprendo. ¿Qué instinto, señores, os guía á uniros á todo lo que os da muerte, á votar contra todo lo que os da vida, el principio de la soberanía nacional y el principio del sufragio universal?

Todas las Constituciones que habeis dado al mundo, la Constitución de 1812, la Constitución de 1837 aceptada por Martínez de la Rosa, la Constitución *non nata* de 1855, la Constitución de 1869, todas tenían la soberanía nacional; mientras que no la tienen la Constitución de 1845, que significa vuestra derrota del 43; el Acta adicional de 1857, que significa vuestra derrota de 1856, y la Constitución de 1876, que significa vuestra derrota de 1874; de modo que vosotros votais por vuestras derrotas y contra todas vuestras victorias.

Pues bien, señores, ¿creeis que la soberanía nacional no iba nunca á organizarse? ¿Creeis que iba á ser como las nieves perdidas en la cima de los montes allá en las nubes intelectuales, y que no iban nunca á filtrarse en ríos vivificadores del valle? Pues el Mont-Blanc que es el Ródano, y el Rhin y el Danubio, ó al menos la cadena de los Alpes, porque esas nieves inmóviles, sólidas, luego se filtran en ríos, como los principios abstractos se filtran en política. ¿Por qué, pues, proclamais la soberanía nacional y escribis en vuestros Códigos que se nombren los Alcaldes por nombramiento popular, cosa gravísima y cuasi republicana? ¿Por qué poneis en todos vuestros artículos esa palabra sacramental, y levantais monumentos al héroe de los héroes, al hombre que tiene la voluntad nacional siempre en los labios y que significa la victoria de Ramales, de la noche de Luchana, del sitio de Bilbao, de la toma de Morella y del abrazo de Vergara?

Peleando y muriendo el 22 de Junio por la soberanía nacional, triunfais por su virtud en la batalla de Alcolea.

La escribis en el Código de 1869; decís que la soberanía nacional gobierna cuando Fernando VII está ausente; que la soberanía nacional gobernó en la guerra civil cuando la regencia de María Cristina; que la soberanía nacional gobernó cuando la regencia de Espartero; decís eso mismo cuando la victoria del duque de la Torre; decís todo eso, y ahora que veis aparecer la soberanía nacional, os retirais como si vierais un espectro, cuanto estais viendo el alma de vuestra idea y el resplandor de vuestra conciencia.

Y no digo nada del sufragio universal. Lo pusisteis en las mejores leyes de vuestros mejores tiempos. Nombrasteis por sufragio universal aquellos Ayuntamientos, que eran verdaderos Estados, porque tenían el mando de la fuerza pública más numerosa de entonces, la Milicia Nacional. No revocasteis esas leyes ni las restringisteis en ningún tiempo de vuestra dominación; vinisteis aquí á sostenerlas, ¿y ahora la rechazais? ¿Sabeis por qué tantas dificultades para una conciliación tan fácil? Porque ellos quieren fundar la conciliación en intereses legítimos, intereses patrióticos, el Gobierno, la mayoría, la influencia moral; intereses legítimos nada deshonrosos: ellos quieren, pero hay una dificultad, que nosotros queremos más que los intereses, las ideas. ¿Quereis hacer una conciliación de intereses y de personas? Eso no es posible. Os sumariais todos si os sumarais en las ideas; porque los intereses se dirigen á la parte animal del hombre, es decir, á la parte egoísta, y las ideas se dirigen á la parte divina del hombre, es decir, al espíritu y al alma; y no os podeis unir en los intereses que dividen, y si os podeis unir en las ideas que acercan y confunden; pero no tengais cuidado, la historia humana es un conflicto perpetuo entre los intereses y las ideas, y las victorias parciales son todas para los intereses; y por eso esta victoria parcial va á ser para vosotros, pero las victorias definitivas y totales son todas para las ideas.

Vosotros votais contra vuestras ideas por razón de vuestros intereses. Pero mirad lo que os digo, no haceis otra cosa más en tal ceguera, sino acelerar el momento del triunfo de vuestros enemigos, porque no estais solos, que á la derecha os atisba la reacción, en la cual os vais cayendo, y á la izquierda os atisba la revolución, á la cual vais provocando sin quererlo y sin saberlo. Permitid al que tantas heridas ha recibido; permitid al que habló la verdad á una asamblea de sordos que no quiso oírle, y llevó la luz á una asamblea de ciegos que no quiso verla; permitid que ponga ante vosotros el peligro que correis, y que os diga: salváos si aún es tiempo y os quedan instintos de conservación y de salvación en vuestro espíritu. ¡Ah señores! ¿Sabeis lo que yo decía á una Asamblea conservadora? Pues le decía lo que vais á oír, palabra por palabra; y espero que me vais á aplaudir como me aplaudísteis entonces, porque entonces resonó un aplauso tal, que si quereis traer el *Diario de las Sesiones*, allí lo vereis expresado; y no fué ciertamente á la forma, fué á la idea.

Yo decía á los conservadores lo que vais á oír. ¿Vais á derrotar el sufragio universal? Pues volverá. En nuestra sociedad, donde todas las vías están abiertas á todas las carreras; donde nos rigen unas mismas leyes, donde nos juzgan unos mismos tribunales, donde tenemos el mismo derecho civil y criminal; en nuestra sociedad, levantar sobre la igualdad civil la desigualdad política, es un absurdo que tarde ó temprano traerá una lucha; pero es más absurdo quizás, cuando se aplica al pueblo español, porque el pueblo español es tan demócrata que impone sus ideas á las mayores inteligencias, que impone á los mayores ánimos, y como se dice ahora, á los mayores caracteres su voluntad soberana. Quizás los hombres más ilustres, educados en las ideas del siglo XVIII, continuaba yo diciendo, quizás los hombres más ilustres, educados en las ideas del siglo XVIII, no creían oponer de ninguna suerte resis-

tencia increíble al coloso que había sometido bajo su mano la Europa y traía atada á su carro la victoria; y nuestro pueblo vió los hijos y las mujeres que tenía en sus hogares y que preferían la orfandad y la viudez á la deshonra y la esclavitud; y nuestro pueblo, con el aliento de su pecho y el heroísmo de su ánimo, vence en Zaragoza y en Gerona, dándonos un hogar seguro, una patria independiente y libre. Y más tarde, los hombres más ilustres querían la intervención francesa.

Vivía entonces Thiers, y yo, evocando su recuerdo, decía que siendo él ministro de la Gobernación en 1836, aconsejaba la intervención liberal en España, porque creía imposible concluir con la guerra civil sin la intervención francesa. Y tal era la idea de los progresistas y los moderados, de todos los hombres públicos de entonces, excepto aquellos á quienes embriagaban el aura popular, de todos desde Becerra á Martínez de la Rosa, y entonces el pueblo español dijo: no quiero la intervención como en 1823; quiero salvar la libertad solo con las fuerzas de la patria; y el pueblo tuvo razón. Y vosotros, progresistas, hijos del pueblo, desconfiais de él; vosotros, plebeyos como yo, como yo hijos de vuestras obras, representantes del trabajo y del comercio, desconfiais del pueblo. No, eso no puede ser. Viene una irrupción traidora, felosa, artera, y pedis al pueblo la sangre de sus venas para salvar la libertad; se suscita una guerra engendrada por el fanatismo, mantenida por la superstición y llamais á las chozas del pueblo para pedirle sus hijos á fin de salvar la libertad tan cara como la vida; quiere el filibustero extinguir lo que es inextinguible, nuestro genio más allá del Atlántico, abismar en el mar esas preciadas islas enclavadas en el Golfo Mejicano y que son como el anillo nupcial entre el viejo continente y la joven América; y llevais allá los hijos del pueblo para que peleen, no con hombres, fácilmente vencibles, sino con los invencibles elementos, con la fiebre diseminada en el aire, con el vómito diseminado en el agua, con los miasmas dise-